



Dermot BOLGER, «Un café a media mañana»

Dermot BOLGER, «Coffee at Eleven»

Traducido por MARÍA GABRIELA DÍAZ CORTEZ

Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Dirección de correo electrónico: mgabrieladiazc@unc.edu.ar

ORCID: <https://doi.org/0000-0003-2849-5300>

Recibido: 9/2/2021. Aceptado: 17/3/2021.

Cómo citar: Bolger, Dermot, «Un café a media mañana», trad. María Gabriela Díaz Cortez, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 24 (2022): pp. 609-632.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.24.2022.609-632>

INTRODUCCIÓN

El cuento «Coffee at Eleven» forma parte del conjunto de relatos escritos por Dermot Bolger (1959) y publicados con el nombre de *Secrets Never Told* en 2020 por la editorial New Island Books de Irlanda, a quien agradezco haberme autorizado la publicación de esta traducción.

Bolger, escritor irlandés que ha sido «considerado el “enfant terrible” de la literatura irlandesa durante la década de los ochenta» (Llamas Muñoz, 2002: p. 27), es además autor de novelas, colecciones de poemas y piezas teatrales.

En el cuento, un hombre adulto que de niño fue abusado sexualmente es rastreado por su abusador décadas más tarde. El encuentro desata fuertes emociones en la víctima. Primero, contiene su desconcierto y expresamente decide tratar a su victimario de manera distante. Luego, sobreviene la ira, seguida por una calma angustiosa.

Para acompañar esta trayectoria, en la traducción, hecha en el español de la Argentina, se decidió intercalar el tratamiento formal «usted» con el informal «vos»: la calma y el distanciamiento emocional y físico que la víctima logra mantener al principio y en distintos momentos del encuentro, coinciden con el tratamiento formal. Por su parte, la furia aquilatada durante décadas que en cierto punto lo desborda coincide con el tratamiento informal. Este recurso intenta acompañar la alternancia de emociones que atraviesa la víctima y reflejar su caos emocional.

La presente versión en español es el resultado del diálogo que mantuve con el autor quien muy generosamente respondió mis preguntas. Este intercambio contribuyó a que tomara decisiones acerca de posibles maneras de traducir aspectos tales como las formas de tratamiento.

UN CAFÉ A MEDIA MAÑANA

Era un pequeño ritual cotidiano especial para los dos, a pesar de que recién en los últimos años habían empezado a valorar la quietud ininterrumpida de esos quince minutos compartidos. El desayuno era distinto porque ella siempre le preparaba uno bien completo para que tuviera energía en las tareas matinales que, a medida que se hacía mayor, le llevaban más tiempo. El almuerzo a la una en punto también solía ser rápido; un oído en las noticias, preocupado por si el tiempo empeoraba o por los trabajos que faltaban hacer en la granja antes del comienzo del atardecer en invierno. Pero tenían un acuerdo tácito respecto del nuevo ritual que habían adoptado en los últimos años: ninguno de los dos tomaría a las apuradas el café que compartían en la cocina a media mañana todos los días.

Quizás era una tontería considerarlo nuevo, dado que hacía nueve años venían dándose este pequeño lujo. Antes, John dejaba el tractor con el motor encendido en el patio y si el tiempo se lo permitía, rápido agarraba una taza de café. Pero desde el susto que se llevaron con la salud de Julia, John no dejaba que nada interrumpiera ese cuarto de hora compartido a media mañana. Había sentido un pánico indescriptible cuando escuchó el diagnóstico y cuando iban al Hospital Regional Waterford para hacer quimioterapia. Le agarraba la mano hasta que el personal de enfermería lo echaba. Se iba a dar unas vueltas sin rumbo por el Centro Comercial Ardkeen hasta que se hacía la hora de ir a buscarla.

Se limpió las botas en la misma alfombra metálica de hacía un siglo, frente a la puerta de la cocina. Julia estaría adentro, escuchando la radio y enchufando la nueva cafetera Nespresso que había comprado el mes pasado en la ciudad de Kilkenny. Antes del susto que se llevaron con el diagnóstico de cáncer de Julia, solo tomaban café instantáneo Nescafé Gold Blend. De hecho, la primera vez que llegó a Roscommon proveniente de Kilgara a trabajar para el padre de Julia hacía 45 años, John había desconfiado del sabor raro del café, lo que no quiere decir que se lo hubieran ofrecido muchas veces ni que lo hubieran invitado a entrar a esta cocina. Pero ahora habían desarrollado paladares sofisticados después de probar granos de café

colombiano, keniano y guatemalteco avalados por la organización Fairtrade, aunque básicamente, a John le gustaba cualquier café fuerte de los supermercados Tesco que tuviera el número tres en la etiqueta. Lo que más le gustaba era observar a Julia hacer el café porque a veces, cuando volvían a casa después de la sesión de quimioterapia, temía que un día ya no pudieran hacer algo tan simple como tomarse un cafecito en un silencio amigable.

Asociaba el café sofisticado con la enfermedad de Julia. Cuando iba a dar vueltas solo por el centro comercial próximo al Hospital Regional Waterford, acosaba a preguntas al personal de ventas sobre objetos que no tenía ninguna intención de comprar, solo para ahogar los temores que daban vueltas en su cabeza. Un día le hizo tantas preguntas a una chica jovencita sobre la cafetera De'Longhi Magnifica con moledora incorporada, que notó que la joven se había puesto incómoda y sospechaba que demorarla en la conversación le producía cierto placer sexual. Avergonzado de su comportamiento, había comprado la máquina, aunque era carísima y sospechaba que ni él ni Julia sabrían cómo usarla. Cuando pasó a buscar a Julia se la regaló y le aseguró haberla comprado porque era demasiado tímido para que lo vieran comprar flores. La cafetera había quedado perdida en una alacena de la cocina. John tuvo que sacarla del medio porque Julia no tenía fuerza para levantarla. Meses más tarde, después de haber ido y vuelto al infierno y de que Julia recibiera el alta con la indicación de volver a controles solo dos veces al año, un día entró a la cocina y vio que ella había bajado la cafetera, había puesto el juego de vajilla especial y estaba lista para servirle la primera taza de un buen café hecho en casa. En ese momento esos quince minutos diarios se convirtieron en algo precioso. Desde entonces, cada dos años, cuando se cumplía un nuevo aniversario del alta, le regalaba a Julia otra cafetera sofisticada ignorando sus quejas de que la última todavía funcionaba bien. Era uno de los pocos lujos que se permitía y, además, le ahorra tener que pasar por la mortificante experiencia de ingresar a una florería y no tener idea de qué pedir. El café hecho en cada una de las modernas cafeteras les recordaba los malos tiempos de los que nunca hablaban; un reconocimiento tácito de que todavía se amaban tanto como la noche que, hace décadas, enfrentaron la enérgica desaprobación del padre de ella.

Se sacudió las botas por última vez e ingresó a la cocina donde ella canturreaba algo mientras ponía la mesa. Un político de Dublín decía estupideces en la radio, pero el volumen estaba tan bajo que no alteraba el ambiente. Le encantaba observarla así, quizás porque en los primeros años de matrimonio todavía era demasiado tímido para mirarla bien. Era un poquito mayor que él. Cuando se casaron había pasado la flor de juventud, pero con

los años, aunque los demás no lo notaran, para él se había vuelto más hermosa, había desplegado toda su belleza, a pesar del cabello canoso que, de manera muy sabia, no ocultaba con ningún tipo de coloración. Era consciente de que la estaba observando y en secreto se sentía complacida de esa nueva costumbre que él había adquirido. Lo miró y sonrió.

—¿Tus botas están limpias?

—Impecables.

—Te creo. Miles no lo harían. ¿Qué pasa con el tiempo?

—Va a llover más tarde, pero voy a terminar de trabajar en la parte alta del campo mucho antes.

—Qué bueno que empezaste temprano la fumigación.

—Estoy demasiado viejo para disfrutar de quedarme en la cama o quizás mis huesos no estén tan viejos.

Ella sonrió. —¿Cuándo te levantaste tarde?

—Tenés poca memoria —bromeó—. ¿Y qué pasó en Ballybunion? Nos levantamos tarde tres veces maravillosas ahí.

Ella se rio y le hizo una burla juguetona.

—Ballybunion fue hace treinta y cinco años y era nuestra luna de miel, o la breve luna de miel que tuvimos.

—¿Te acordás cuando la dueña de la pensión nos tocaba la puerta para avisarnos que si no nos levantábamos pronto perderíamos el gran desayuno que preparaba?

—Y hacíamos como si no la oyéramos y nos reíamos nerviosamente como chicos debajo de las sábanas. Pensé que sin duda era amor lo que hacía que este tipo pasara por alto un desayuno completo.

—Era para molestar a esa metida que tenía unas ganas tremendas de interrogarnos acerca de nuestro origen. Pero también era por amor.

Julia le besó suavemente la pelada al inclinarse para poner unas galletitas en la mesa. —Sos un viejo romántico.

—Sí, ese era yo, un tipo fuerte y callado.

Ahora podían reírse de su luna de miel, pero no había sido nada divertida esa primera noche ni la primera y agitada vez que se quedaron en la cama a la mañana. Los dos estaban contenidos y nerviosos; sabían lo que tenían que estar haciendo, pero eran demasiado tímidos para empezar a hacerlo. Se habían sentido muy presionados porque la cama chillaba tanto que temían que toda la pensión los escuchara. La primera vez tenía que ocurrir inesperadamente: estaban acostados como adolescentes sobre el pasto en la remota playa de las Monjas al atardecer y, de repente, empezaron a darse ánimos con la mirada y a comportarse de una manera que les resultaba ajena,

pero sin que nadie les importara. Nunca volvieron a hacer algo tan arriesgado o inmodesto, pero tampoco les hizo falta porque fue como si esa única vez hubieran puesto los demonios a descansar. Julia se acomodó los pocos pelos que le quedaban; a lo mejor intuía lo que él estaba pensando porque con frecuencia parecían saber lo que el otro pensaba sin necesidad de que mediaran palabras.

—Fuerte y callado está bien —Julia dijo—. Había que ser fuerte en aquellos días acá, cuando mi padre te hacía trabajar de sol a sol. Eras tan callado que me llevó tres años arrancarte una oración que excediera el «Sí, señorita». Alguna vez pensé que si ese día no hubiera sido tan agobiante que la brea de la ruta se derretía, no habrías encontrado el coraje para, finalmente, golpear esta puerta y preguntar si me podías molestar por un trago de agua.

—No tenía sed —John le hizo la misma broma de la que nunca se cansaban—. Temía por tu seguridad. Te arrimabas tanto a las cortinas de encaje cada vez que me sacaba la camisa para trabajar con el torso desnudo que pensaba que te ibas a caer por la ventana.

—Eso no es verdad y lo sabés —Julia respondió con una sonrisa tierna.

—¿Entonces cómo es que todavía están tus huellas digitales en esa ventana de la entrada después de todos estos años?

Julia se quedó en silencio. John había tocado una fibra sin intención. Le dio una palmadita en los dedos. Ella sonrió, pero no podía ocultar un rastro de tristeza.

—Quizás me asomé porque quería saber cómo podría abrir el corazón de nuestro agricultor silencioso.

—Un café hubiera ayudado mucho, aunque a tu padre le hubiera dado un ataque al corazón de solo pensar que estuviésemos confraternizando.

—Papá te quería bastante.

—Como trabajador dispuesto a trabajar todo el día, pero menos como posible yerno.

—Se hizo a la idea.

—Con sales aromáticas.

—Era un hombre raro —dijo ella—. Amo y señor. Se llevaron bastante bien después que nos casamos.

—Cuando los nietos preguntan por él, siempre les decís «Era amable, pero su padre era más amable». Eso siempre me encantó de vos. Sos tan amable que hasta cuando estás criticando a alguien lo ocultás dentro de un halago.

—Supongo que mi padre quería estar seguro de que cuidaran de mí. Y de su granja.

—Suelo preguntarme para quién la estoy cuidando ahora. Gracias a Dios nuestros hijos fueron más criteriosos y no trataron de ganarse la vida con este lugar. Quizás debamos venderla.

Julia sonrió. —Un día te voy a tomar la palabra y voy a sugerirte que compremos un departamento en la ciudad de Kilkenny. Ya te veo hollando los pasillos a la madrugada, buscando desesperado algo a qué asestar una horqueta. Nací en esta casa y espero morir acá. Y ¿pensás que nuestros nietos vendrían en tropel tan seguido de Zúrich si no tuvieran este campo para corretear? Vos mismo te ponés como un niño cuando llegan y la madre se aterroriza cuando los dejás trepar con vos al tractor. ¿Qué frase le enseñaste a Celestita la última vez?

—Yo no le enseñé nada; ella me escuchó.

—Con el acento suizo serio de una niña de ocho años anunció: «Salud y seguridad, las pelotas». Pensé que a su madre se le caería la taza de té, pero Dominique solo se largó a reír. Dice que les encanta la libertad que hay acá. Es curioso, pero a su edad nunca asocié esta casa con la libertad.

De nuevo apareció ese rastro de tristeza. John desesperadamente quería hacerla reír. —«Salud y seguridad, las pelotas». Quizás deba estampar esa frase en una camiseta la próxima vez que vengan.

Ella se mofó de él afectuosamente mientras le servía café. —¿Cómo la van a ver? Ni siquiera te sacás ese saco negro viejo cuando tomamos el café. Hizo una pausa y señaló por la ventana. —Y tal vez no podamos tomarlo en paz. Alguien acaba de estacionar en el patio de adelante.

John no reconoció el auto que se detenía. Eso lo perturbaba, pero no servía de nada permitir que quien fuera que estuviera al volante del Skoda Octavia negro con patente de Cork se diera cuenta de su inquietud. No era el auto de un granjero, porque solo un tonto tendría el auto tan limpio en una zona donde cualquier lloviecita que cae sobre esos caminos angostos te lo deja inmundo.

—Quizás sea un turista perdido que ingresa para poder girar el auto. Atrevido, pero mejor que alguien que cae sin avisar.

—Expresión de deseo —dijo Julia—. Estacionó ahí y se quedó con la mirada ausente. Me parece que sabe que lo estamos mirando. No será algo relacionado con los chicos, ¿no? De repente Julia se preocupó. —Viste que suelen mandar a la policía si hay malas noticias.

—Los chicos son grandes —John miró su café humeante con ganas—. Si golpea la puerta es un pordiosero, pero si cree que estoy obligado a salir a atenderlo estaré alerta. Poné un platito sobre esa taza.

—Sé amable —lo exhortó Julia mientras John salía por la puerta de atrás. Él se dio vuelta y la miró para dejarla tranquila.

—Soy amable con todos. Empezá tu café antes de que se enfríe. Voy a ver qué quiere y a ayudarlo a encontrar su camino.

Como era de suponer, vio que Julia, ponía un platito sobre su taza también para esperarlo. Al salir al patio, se acercó sin apuro al auto y esto le dio tiempo para tantear a la visita. Por lo menos no era uno de esos falsos vendedores a bordo de un furgón Hiace que le decía jefe mientras observaba el patio para ver si había algo para robar más tarde. Tipos que se ofrecían a arreglar fallas imaginarias en los techos. John sabía bien cómo sacarse esas visitas de encima. No estaba mirando folletos así que no era un vendedor. Tampoco se trataba de un inspector del Ministerio de Agricultura; superaba largamente la edad jubilatoria. Podría ser uno de esos turistas mayores que pasean y visitan iglesias antiguas que ya no pueden exhibir cajas de colección sin que las roben.

¿O sería un médico mayor obligado a trabajar como suplente, que iba a ver a uno de los cuatro ancianos solteros que vivían aferrados a sus escasas pertenencias, un poco más adelante por esta misma calle? A veces Julia lo retaba un poco porque no se preocupaba por su propia salud. Decía que estos cuatro vecinos mayores se aprovechaban de su amabilidad cuando, en las noches de invierno, él se arriesgaba a salir bajo la lluvia para llevarlos a Bennettsbridge. Una vez ahí, John hacía durar una sola botella de cerveza negra mientras dejaba que ellos mataran de aburrimiento al barman hasta la hora de cierre. Aunque le decía en broma que era un taxista consagrado, Julia estaba orgullosa de él por la decencia con que trataba a los vecinos ancianos que anhelan poder ir a tomar unas copas sin temor a perder la licencia de conducir o a encontrarse con locos del volante en las curvas cerradas de la zona. Si no tuvieran esta salida semanal, estos hombres enloquecerían de soledad y no sabrían si cada vez que los perros ladran, alguien está por robarles. Una noche volvió a casa con la noticia de que Joe Flaherty se había ido a dormir con un arma cargada. Julia se rio y dijo «Joe es tan tímido que le llevó 78 años compartir su cama con algo». John prefería que los solterones repitieran sus viejos chistes todos los martes a la noche antes que ir a la casa de alguno de ellos una mañana, encontrarlo muerto y sentir que no había hecho nada por quienes lo habían hecho sentir bienvenido acá, en momentos que los propietarios de grandes extensiones apenas lo saludaban. Lo más probable era que John los fuera a encontrar muertos, dado que era el único vecino que los visitaba. Los trabajadores sociales a veces iban, pero eran personas desconocidas y esos hombres tenían su orgullo. Le contarían sus

problemas de salud a John antes que a un extraño. Así que descartó la posibilidad de que este desconocido fuera un médico suplente que acababa de ver a uno de ellos.

La visita estaba vestida de negro. Por un momento John pensó que se trataba de alguien que buscaba un velatorio, pero ¿había fallecido alguien en la zona? John lo sabría. Prefería los velatorios protestantes. Todavía sentía cierto asombro cuando entraba a las iglesias protestantes con placas dedicadas a los muertos en la Primera Guerra Mundial, iglesias a las que, cuando era niño, tenía prohibido ingresar. La gente ya no le prestaba atención a ese tipo de normas hoy en día; los vecinos se amontonaban en cualquier iglesia o simplemente en casas velatorias si alguien decidía la cremación, sin la presencia de un cura o pastor que susurrara comentarios tiernos. Los vecinos de John eran buenos y también él había tratado de ser bueno. Cuando esa ruta angosta se volvía intransitable por las inundaciones, les llevaba a esos solterones la compra semanal de pan blanco, jamón cocido y *whisky* Jameson, en tractor. Si bien se decía que la gente de ese lugar era cerrada, nunca nadie volvió a hacerlo sentir un extraño. Había tenido que ganarse ese respeto, pero se lo ganó. Julia y él no se postularon jamás para participar en comités, pero lo respetaban. Si alguien hubiese muerto en un radio de 50 km, le habrían avisado por teléfono. Por lo tanto, este desconocido no estaba buscando orientación para llegar a ningún funeral.

Cuando ese hombre se quedó en el auto tras apagar el motor, por alguna razón John supo que lo buscaba a él. Discretamente, se limpió las manos sobre el abrigo mientras se acercaba al auto. Iba con expresión cordial, pero a la vez con cautela porque la cordialidad podría costarle caro. Este hombre estaría haciendo algún tipo de colecta o pidiendo dinero para obras de caridad o firmas para un petitorio. Parecía ser alguien que alguna vez había tenido un cargo de responsabilidad; esos tipos siempre necesitaban una cruzada para compensar el vacío de la jubilación. Le resultaba vagamente familiar, pero sospechaba que tendría que retrotraerse veinte o treinta años para ubicar ese rostro. Al único lugar al que John quería volver era la cocina donde Julia lo esperaba. Casi nunca quería volver a nada vinculado al pasado. El presente debería ser suficiente para cualquier hombre, en particular, para uno que había sido bendecido con una esposa que todavía lo amaba y dos hijos con la suficiente capacidad para asimilar la educación que él nunca tuvo. Con gusto les había costado la educación porque sabía que eso les permitiría tener vidas exitosas en otra parte. Su hijo era científico en Suiza y a su hija le iba bien como abogada en Dublín. A medida que el vidrio de la ventanilla del conductor descendía, aparecía un hombre de expresión pesadosa. Era el rostro

de alguien que sabía que su irrupción no era grata, a pesar de la actitud amistosa de John al inclinarse para preguntarle si podía ayudarlo en algo.

—¿Está perdido? Es fácil perderse en estas rutas. ¿Puedo darle alguna indicación?

—No estoy perdido, aunque no me resultó fácil encontrarte. El desconocido estudiaba el rostro de John. —No me recordás, ¿verdad?

—A decir verdad —respondió John, tratando de ganar tiempo—, soy malísimo para recordar nombres.

—Desmond, si eso ayuda.

Detrás de su sonrisa comprensiva, John trató de recordar a todos los Desmond que alguna vez conoció. Se cuidó de no ser demasiado amistoso hasta ubicarlo, porque si iba a tener que hacerlo pasar, podían pasar horas hasta que este desconocido revelara qué quería en realidad. Si se trataba solo de un pedido de donación, John podía deshacerse de él en el patio. Veinte euros podían ser poca cosa si con eso evitaba tener que hacerlo entrar

—¿Puedo preguntarle, Desmond, si está usted vinculado con alguien de la zona?

El hombre negó con la cabeza en este juego del gato y el ratón. —Nunca estuve en Kilkenny hasta que salí a buscarte, John.

John se puso en guardia ahora. Fuera lo que fuera, este hombre quería mucho más que veinte euros.

—¿Nos conocimos en Dublín? ¿No es usted uno de los financistas que mi hijo me sugirió contactar hace unos años?

El hombre sonrió. —¿Parezco un financista?

—Esos financistas deben estar escondidos luego de las recomendaciones que hicieron. Me contuve, pero algunos granjeros perdieron el control e invirtieron en propiedades en países cuyos nombres apenas podían pronunciar.

—¿Sabés lo que dicen de un tonto y su dinero?

A John no le gustaba el tono del hombre. Esos granjeros no habían sido tontos, sino hombres que trataban de planificar para el futuro de sus familias y fueron mal aconsejados por unos tipos de traje que vendían promesas. El hombre notó la poca disposición a responder y lo calmó.

—No te preocupes. No vengo a vender nada y no sos un tonto. Esta es una linda granja. Así es como la gente la describía cuando pedía indicaciones para llegar, aunque se confundían al principio porque yo preguntaba por la granja Cunningham.

John afirmó con la cabeza. —La gente del lugar todavía la llama la granja L'Estrange. Es bueno ver que los viejos nombres sobreviven.

—Un buen nombre protestante.

John le sostuvo la mirada, perturbado por esa referencia injustificada a la religión. —Y nosotros criamos dos buenos ateos en ella.

—¿Y tenés nietos, John?

John retiró la mano de la puerta del conductor y dio un paso atrás de manera casi imperceptible; su tono era suave, pero dejaba claro que la charla terminaba.

—El tema es que si usted me conoce, no me preguntaría y si no me conoce, en realidad no es asunto suyo.

De repente el hombre se puso nervioso. Era obvio que no gozaba de buena salud. Parecía como si hubiera tenido que juntar fuerzas para llegar y ahora el esfuerzo se hacía evidente.

—Disculpame —dijo—. Me estoy entrometiendo demasiado. No tengo derecho a preguntar. Es que siempre tuve esperanzas de que te fuera bien en la vida.

John rechazó la provocación. Los comentarios eran cada vez más desconcertantes. Algo le decía que no quería responder.

—También tengo un campo a medio fumigar y estoy ansioso por ganarle a la lluvia. Así que ¿hay algo en particular en que pueda ayudarlo?

—No se trata de ayudarme a mí, sino a vos. ¿Todavía no me reconocés?

—Honestamente, necesitaría una pista, pero no tengo todo el día.

—Hace casi cincuenta años, en Roscommon, aunque en aquella época nunca me llamabas Desmond ni padre Desmond, a pesar de que te decía que podías hacerlo. Si bien no era mucho mayor que vos, me llamabas padre Coyne.

Ahora hacía frío afuera. El auto negro y la ropa negra: no era extraño que John lo confundiera con alguien que había perdido a un ser querido. Pero no llevaba el collarín; llevaba la camisa desabotonada en el cuello.

—¿En qué puedo ayudarlo, Padre? La amabilidad fingida de su voz tenía un dejo de cautela.

—No tenés que llamarme Padre. Prefiero Desmond.

—Prefiero llamarlo Padre.

—Te fue bien.

—Trabajé mucho.

—No me sorprende. Siempre fuiste un buen chico.

—No soy un chico, Padre. Así le decían a mi padre los granjeros que le daban trabajo estacional cuando él ya era un hombre mayor y encorvado por haber trabajado en los campos. Ahora soy un hombre, un hombre ocupado. ¿Está haciendo alguna colecta?

—¿Para qué voy a estar juntando dinero?

—La gente de Kilgara siempre decía que cuando llegaba una orden postal de Inglaterra, el cura se quedaba con un chelín cada vez que el dinero cambiaba de manos hasta que todos los peniques terminaban en su bolsillo.

—Nunca fui tu cura. Yo era el burro de carga del viejo canónigo.

—Lo que fuera, no sé por qué está acá en mi granja.

O la curiosidad la había vencido o Julia se había cansado de esperarlo. Se asomó vacilante a la entrada hasta que su sentido de la hospitalidad innato la hizo acercarse.

—Probablemente sea la última persona que querés ver. Pero para mí sería muy importante que me des solo diez minutos de tu tiempo. ¿Es tu esposa la que se acerca?

—Hágame el favor, Padre, encienda su coche y váyase de acá.

—¿Sabés lo que me costó encontrarte?

—Sé que nunca se lo pedí.

Julia ya casi había llegado adonde ellos. Iba a insistir con el té y la torta y los rituales de la conversación. ¿Cómo había hecho este hombre para encontrarlo? John ya no le tenía miedo, no había pensado en él durante años. Tenía suficiente en qué pensar. El hombre se inclinó para dirigirse a Julia.

—Sra. Cunningham, lamento haber llegado sin aviso. Soy un viejo amigo de John.

—El padre Coyne —le dijo John—. Era cura en Kilgara cuando yo era niño.

—Estaba en la zona y pensé que podía visitar a un viejo parroquiano. Espero no estar molestando.

Julia hizo una sonrisa de bienvenida. —¿Acaso este esposo mío no lo invitó a pasar? Será un insulto si no toma una taza de té.

—Eso depende de John. El cura miró a John. —¿Molesto, John?

John se sintió atrapado. Miró al cielo.

—Bueno, es probable que la lluvia se demore un ratito más. Dio un paso atrás para permitir que el intruso saliera del auto. —Estábamos a punto de tomar un café en la cocina.

Recién en ese momento Julia percibió una mirada inquieta en su esposo. Si John hubiera sido un boxeador, su contrincante podría haberlo noqueado y él habría fingido seguir firme; solo un buen réferi se habría dado cuenta de que estaba inconsciente. John no expresaba ninguna emoción, a no ser que uno conociera los gestos, pero era tierno, aun cuando se ensimismaba; un buen hombre que sentía las cosas profundamente. Estaría perdida sin él.

—La cocina no está en condiciones para recibir visitas —dijo Julia—. Tomemos el té en el *living*. Casi nunca tenemos oportunidad de usar esa sala ahora.

Usaría la tetera y la vajilla buena, pensó John mientras se acercaban a la puerta de entrada que casi nunca usaban. John y el cura se quedarían solos mientras Julia se preocupaba por las galletitas. Solo Dios sabe lo que este hombre pensaba que tenía que decirle a John porque John no tenía nada que decirle a él. Julia notó que el hombre caminaba muy lentamente entre ellos dos.

—Padre, espero que no le moleste, pero no se lo ve muy bien.

—Dígame Desmond, por favor —insistió—. Estoy un poquito dolorido. Hace poco salí del hospital. No pensé que el viaje me fuera a cansar tanto.

—Usted necesita descansar. Vamos adentro. A John no suelen visitarlo muchas personas de cuando vivía en Roscommon.

—Mis hermanos se fueron a Inglaterra apenas terminaron la escuela. Si mi madre viviera, hubieran escrito, pero cuando la madre muere...

—Esa era la costumbre entre las familias —coincidió el hombre—. Sería bueno un té, Sra. Cunningham, pero, por favor, no se preocupe por preparar algo para comer. Desde la quimio no tengo apetito.

Julia le tocó el brazo suavemente. —Me pareció que estaba demacrado, pero no quise mencionarlo. Yo misma pasé por la quimio así que sé lo que siente.

—Ya terminé con la quimio, gracias a Dios.

—Entonces el apetito va a volver pronto.

Julia lo condujo al porche de entrada donde la visita se detuvo para recuperar el aire. —Más vale que el apetito se apure. Los médicos dicen que el cáncer está en remisión, pero en realidad lo que quieren decir es que mi ejecución se postergó por uno o dos años como mucho.

Julia abrió la puerta del *living* que mantenían cerrada excepto cuando los nietos venían de Zúrich. La sala olía a mosto y respetabilidad. La visita aceptó sentarse en el sillón que le ofrecieron. Julia miró alrededor.

—John, ¿traerías la mesita que suele estar acá? La llevé a la pieza de atrás cuando vino la podóloga. Discúlpenos un momento, Padre.

John siguió a su esposa por el pasillo hasta la piecita donde miran televisión a la noche. —Nunca me hablaste del padre Coyne. Señaló la mesita. —La va a necesitar para apoyar la taza de té.

—¿Por qué te lo nombraría? —John refunfuñó—. Apenas lo conocía.

—Debés haberlo conocido alguna vez o no hubiera venido. ¿Qué quiere?

—Ojalá supiera.

—Voy a poner la pava y eso les dará tiempo para que conversen solos.

—No tengo nada que decirle.

—Bueno, él debe tener algo para decirte. Hizo una pausa y lo miró de cerca. —¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría?

—Porque te conozco.

—¿Dije algo?

—Nunca lo hacés. Te guardás las cosas. Algunas noches te sentás en esta sala, quedás perdido en tus pensamientos y la única manera de enterarme que te pasa algo es por el aroma a *whiskey* cuando finalmente te vas a acostar.

—¿Cada cuánto ocurre eso? —preguntó inquieto—. Una vez en años y sin embargo te acordás de esas noches para usarlas en mi contra.

—¿Qué es lo que te inquieta tanto? No me guardo nada en tu contra. Solo digo que al principio pensaba que no demostrabas emociones, hasta que aprendí a leer algunos gestos. A veces te perdés dentro de vos mismo.

—Me indigesto y no puedo dormir. Si estoy inquieto es porque estoy desconcertado con la visita de este tipo y estoy atento a la lluvia.

—Andá allá y hablá con él. No me voy a demorar.

John tomó la mesita y de mala gana volvió a entrar a esa salita que casi nunca usaban. Sin Julia sintió pánico de quedar atrapado. Acomodó la mesita y evitó mirarlo a los ojos. Al percibir su intranquilidad, la visita le preguntó: —Te estarás preguntado por qué vine.

—Efectivamente, se me cruzó por la cabeza, Padre.

—Dije que no es necesario que me sigas llamando Padre.

—Lo sé, Padre. El título no era una marca de respeto, apenas una forma de mantener distancia. —Pero no tengo motivos para llamarlo de otra manera.

—No somos extraños por completo, John.

—Tengo una nueva vida, Padre. Me llevó décadas construirla. Para mí usted es un extraño. Si está haciendo una colecta para obras de caridad, Julia y yo hacemos donaciones para buenas causas a todos los credos o a ninguno. Diga la cifra y voy a buscar mi chequera. Estoy seguro de que tiene que visitar otros lugares y yo tengo trabajo que hacer porque esta granja no se administra sola.

—¿Por qué vendría a buscar dinero para una obra de caridad en mi estado? No me queda mucho. Vengo en busca de perdón. Vine a disculparme.

—¿Por qué? A John le dio un dolor de estómago tan fuerte que sintió deseo de tomar el Maalox que Julia guarda en el botiquín. —No sé de qué está hablando.

—Creo que sí lo sabés.

—Hago mis propias reflexiones ahora, Padre.

—Entonces seguramente pensaste el daño que te hice. Mientras más viejo me pongo, más lo comprendo a cabalidad. Es lo único en lo que pienso últimamente.

John se dirigió a la ventana. —No lo tome a mal, pero apenas lo recuerdo. Quizás me confunda por completo con otra persona.

—John, esta es una conversación entre hombres. Sé que mi presencia causa conmoción. Creeme que no es fácil para mí estar parado acá, pero no es bueno para ninguno de los dos enterrar el pasado.

—Yo no enterré nada. John bajó la voz por temor a llamar la atención de Julia que estaba en la cocina. —Recuerdo que los vecinos despreciaban a mi padre porque no podía sobreponerse a la muerte de mi madre. El pueblo era tan pobre que hasta el maestro tenía una mano atrás y otra adelante porque se gastaba el sueldo bebiendo Jameson en el bar de McGrath mientras charlaba estupideces con los vagos. Recuerdo que algunos chicos de la escuela se burlaban de los chicos semihambreados como yo, pero, en definitiva, todos estábamos indefensos y no podíamos evitar que el maestro nos golpeará cuando se enfurecía después de la resaca. Sabía que me podía golpear más fuerte que a cualquier otro niño porque mi padre era un don nadie. No olvidé las marcas que me dejaba en el cuerpo, pero el dolor disminuyó. Lo que no disminuyó es la sensación de impotencia. Nadie se preocupaba por mí, menos que menos el canónigo, con ese hedor a brandi frente a la ventanita del confesionario. Aunque iba con la cara golpeada, solo quería saber si había tenido pensamientos pecaminosos con chicas. Era demasiado niño para pensar en chicas. Solo pensaba en el hambre y cómo hacerme invisible para que el maestro no me usara como bolsa de boxeo.

—Kilgara era desagradable, de acuerdo.

Johnny apoyó la mano en la ventana. —Era primitiva. Después llegó usted, liberado de Maynooth, tratando de cambiarlo todo en un instante; se ponía el equipo de fútbol gaélico para parecer uno de los muchachos y anotaba los puntos porque ellos se sentían muy intimidados como para darle una buena patada cuando le disputaban la pelota. La mitad de la feligresía pensaba que usted era un santo y la otra mitad, entre ellos el viejo canónigo, que era Karl Marx.

—Era apenas poco más que un niño, pero no era un niño. Ser seminarista era una forma de adolescencia interrumpida. Me fui de Maynooth sabiendo todo sobre teología y nada de la vida.

La voz de John asumió un tono frío. —Usted sabía otras cosas además de plegarias, Padre.

—¿Te acordás de mi coche?

—Recuerdo que durante meses tuve que hacer una colecta más en la misa para que se comprara esa maldita cosa. El canónigo leía en voz alta la suma que cada familia aportaba, anunciaba la jerarquía social de la feligresía en libras, chelines y peniques y —con su tono de voz como arma— expresaba aprobación, desaprobación y finalmente lástima cuando nombraba a mi padre. Vivíamos a pan y grasa, así que nuestro nombre podía estar al final de la lista.

—Ni siquiera me hacía falta un coche. Podría haber usado el coche del canónigo cuando me llamaban de Slatta o Derryvane a la noche para visitar a los moribundos. Pero él no iba a arriesgarse a que un joven pedante rayara su preciado Austin.

—Puede que no lo necesitara, pero lo tuvo aunque no lo quisiera.

—En esa época no sabía qué quería.

—Pero eso no era un impedimento para que lo consiguiera. El collarín tenía gran poder.

—Demasiado poder.

—Estoy demasiado ocupado para mortificarme por los viejos tiempos.

La visita se puso de pie. —La impotencia que sentías fue un sufrimiento terrible. Pero el poder absoluto también es terrible. La impunidad, la inmadurez y la soledad son una mezcla peligrosa. Dudó. —¿Te acordás lo que ocurría en mi auto?

—Había olor a cuero. Aroma a limpio. Una vez me llevó a una final del condado.

—¿Te acordás lo que ocurrió después del partido, John? ¿Lo que ocurrió ocho o nueve veces entre nosotros?

—Recuerdo que el equipo Kilgara Gaels ganó por un punto de tiro libre sobre el final del partido. Se armó un lío, volaban piñas y hasta los entrenadores se pelearon.

—Olvidate del partido. ¿Pensás que estuve sin dormir durante años y que te rastree para hablarte de ese partido de mierda?

—Cuidado con las palabras que usa, Padre —dijo John en voz baja—. Julia no se crió entre malas palabras. Dudo que sepa que los curas maldicen.

—A los 13 años no sabías que los curas hacían muchas cosas. A los 14 ya sí.

John se esforzaba por sonar imperturbable. —Padre, con todo respeto, me parece que está en una búsqueda infructuosa. Me confunde con otra persona. No sé con quién, pero alguien que probablemente se haya olvidado hace mucho de eso que usted está diciendo. ¿No cree que quizás ya sea hora de que usted haga lo mismo?

La visita se exasperó aún más. —Por el amor de Dios, John, esto no es fácil, pero estoy tratando de hablar seriamente con vos. ¿Podés por lo menos darte vuelta y mirarme en lugar de mirar por la ventana?

—Estoy tratando de calcular cuánto falta para que se largue a llover. John se dio vuelta de manera reticente para mirarlo. —Ya no recibo más órdenes, Padre. Esta es mi casa, donde usted se presentó sin invitación y de manera inoportuna.

—Pensé que sería mejor que viniera yo en lugar de dos policías.

—¿Por qué la policía vendría a mi casa? No hice nada malo.

—Pero yo sí. A vos. No hay disculpas suficientes. La quimioterapia lo deja a uno enfermo hasta la médula, pero su efecto invalidante te da tiempo para pensar, especialmente cuando te queda poco. Los recientes escándalos en la Iglesia me hicieron ver el mal que te hice. Una parte mía estuvo esperando el destino sin saberlo, un llamado de la policía a medianoche. Ahora me acuesto y me quedo despierto y sé que no es la policía la que viene a buscarme; es el cáncer mi juez, mi jurado, mi verdugo. No me queda mucho; una condena sería demasiado corta por lo que te hice, pero estoy dispuesto a ir a la cárcel el tiempo que me queda para cumplir la pena. Como víctima inocente, merecés una compensación. Merecés más que los magros ahorros que te pueda dejar.

—No quiero su dinero.

—Creeme, no es nada. La diócesis mantiene a los curas en un estricto contrato financiero. Nos hacen trabajar hasta que no podemos más y después se abalanzan sobre el dinero que haya. Pero si me condenan, podés iniciar un juicio contra la diócesis para que te den una compensación adecuada. No tengo ningún derecho a pedirte nada, solo estoy pidiendo un favor: el derecho a que me declaren culpable por el daño que te hice. Ningún juez puede condenarme más de lo que yo mismo me condeno. No me debés nada, pero quizás estés en deuda con el niño inocente al que destruí, quizás le debas el acto de justicia que merece.

—Por Dios, hombre —dijo John exasperado—. Mirá alrededor tuyo. ¿Hay algo del niño semihambreado que alguna vez conociste? Me falta solo un año para alcanzar la edad jubilatoria. Crucificate si querés, pero ¿para qué querés arrastrarme a mí a esa situación?

—¿No te das cuenta, John? —le rogó el hombre—. Vos estás en el centro de esta situación. No puedo confesar ante la policía si la parte perjudicada no existe. No puede haber un delito sin una víctima.

—Entonces encontrá una víctima en otra parte —John trataba de medir la voz—. Los hombres como vos estaban protegidos, los trasladaban de una

parroquia a otra sin siquiera un tirón de orejas. ¿Por qué elegirías mi nombre de tu lista, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera recuerdo lo que mencionás?

—No niego que el celibato haya sido una lucha, John. A veces estuve cerca de volver a cometer abusos, desesperado por el contacto humano. Pero luché contra ese impulso hasta que los nudillos me sangraron. Fuiste mi única víctima, pero equivalés a muchas. No quiero morirme con este peso en el alma, aunque entendí que no tenemos alma y que solo enfrentamos el olvido. Pero si no debo rendirle cuentas a Dios, debo rendírmelas a mí mismo. Para confesar ante la policía debo decir tu nombre. Vendrán a pedirte una denuncia formal en mi contra para poder actuar. Quiero evitar todo eso.

—¿Y hacer qué?

—Vayamos juntos a la comisaría de Kilkenny. Si los dos hacemos la denuncia, el caso se abre y se cierra. Decile a tu esposa adónde vamos o no le digas nada. No sé si alguna vez se lo contaste, aunque por tu bien espero que lo hayas hecho. Espero que hayas hablado con alguien de lo ocurrido. La terapia es importante. Es la forma de dejar de cargar ese peso de por vida.

John lo miró desconcertado. —Aunque supiera de qué estás hablando, ¿creés que cargaría a mi esposa con el lastre de algo tan nefasto? Cuando llegaste a Kilgara, la mitad de la feligresía pensaba que eras un estúpido. Ahora estás completamente loco.

—Era débil, inmaduro, solitario y casi tan inocente como vos. El seminario nunca me preparó para la vida real. Me equivoqué y quiero enmendarlo. No vas a tener que declarar ante un tribunal si yo me declaro culpable por escrito. Solo tenés que confirmar mi confesión; que te hice cosas inapropiadas y que te persuadí para que me las hicieras a mí. Sé que no era como el padre Brendan Smith y que nunca te forcé físicamente a hacerlas. Hasta donde entendías lo que ocurría, estabas desesperadamente agradecido por ese poquito de afecto, no solo por el chocolate y la limonada sino por hacerte sentir especial. No me estoy defendiendo cuando digo que nunca usé la fuerza. Fui amable y sabía que eras vulnerable. Nunca te violé, pero aún en aquellos tiempos en que nunca se hablaba de esas cosas, en mi corazón sabía que estaba haciendo algo malo.

El gesto de John fue tan instintivo que pareció primitivo. Nunca había hecho uso de la violencia contra ningún hombre, sin embargo, se encontró sujetando la cabeza del anciano cura contra la pared con tanta fuerza que hubo un golpe seco. No le importó si Julia escuchaba que el hombre no podía respirar porque él le estaba apretando el cuello con las manos.

—Por el amor de Dios, John, soltame —le rogó—. Por favor... me estás ahorcando.

—El ahorcamiento sería demasiado bueno para vos. John no solo luchaba para controlar esta furia repentina, sino para tratar de entender la profundidad de donde provenía. —¿Me vas a escuchar una vez? ¿Me escuchás con total atención?

El hombre balbuceó «John, por favor,... no puedo respirar».

—Esto no es nada comparado con lo que te voy a hacer si alguna vez te volvéis a atrever a entrar a mi casa y decir algo.

—¿Decir qué, John? No entiendo...

—Voy a traer del ático el arma del padre de Julia y te voy a volar la tapa de los sesos si alguna vez tan solo sugerís que no me violaste.

—No hubo penetración, John... tenés un recuerdo errado.

—Recuerdo todo. Recuerdo cómo usabas mi boca.

—Nunca fue a la fuerza. El hombre estaba verdaderamente luchando para respirar ahora. —Te daba placer... y después vos querías darme placer a cambio... nunca te obligué a hacer nada.

—No te hacía falta. Eras tan poderoso que ni siquiera tenías que decir las cosas en voz alta para que yo las hiciera. Tenía tanto miedo de contrariarte, de ser dejado de lado, de dejar manchas en el cuero brillante de tu auto, que hubiera hecho cualquier cosa para estar con vos. Sin embargo, no estaba con vos en ese auto. Una parte mía tenía tanto miedo que se ausentaba y me repetía que eso no estaba ocurriendo. Trataba de obligarme a no recordar. Pero sí lo recuerdo y años después, cuando entendí este tipo de cosas, supe que la palabra que la describía era violación. Pero haberme violado de niño no te alcanza. Querés hacerlo de nuevo.

El hombre parecía estar a punto de morir, pero los dedos de John estaban tan contracturados que tuvo que luchar consigo mismo para aflojar el agarre. La visita se desplomó en el sillón. Tenía la cara roja. John trató de controlar su propia respiración y de volver a ser el hombre que había estado esperando sentarse con su esposa a tomar un café hace apenas un rato.

—Si Julia llega a hacer alguna pregunta cuando venga con el té y las galletitas y la amabilidad, decíle que tenés un ataque de asma. Que no trajiste tu inhalador y que tenés que irte. ¿Entendiste? Julia es una mujer esencialmente decente y no voy a permitir que se aflija.

El hombre levantó la vista, ahora temblaba, temeroso de que John lo golpeará. —No quiero hacer sentir mal a nadie —susurró—. Mi único objetivo es expiar, reparar y hacer algo que sea bueno para vos.

—Te voy a decir lo que es bueno para mí. Cruzá ese portón con tu coche y tomá la ruta que lleva a Ballyragget. Cuando pases ese pueblo y estés lejos de los lugares que tengan alguna vinculación conmigo, morite sobre el volante y tratá de no matar a nadie en el accidente.

El hombre sacudió la cabeza desesperadamente. —Si eso es lo que querés, con gusto lo haría si pudiera porque merezco el castigo. Recién ahora, al ver tu furia me doy cuenta el daño del que sin duda soy culpable. Levantó la vista. —Venir acá, así, no fue muy atinado, ¿no?

—Hiciste cosas peores.

—Soy muy consciente de eso.

John suspiró. La furia que parecía inagotable se había disipado y había dado lugar a tal agotamiento que tuvo que sentarse. —Pero más allá de lo que hizo, yo no tenía derecho a atacarlo como lo acabo de hacer. No soy un hombre violento. Nunca le puse un dedo encima a nadie.

—Lo sé.

—Usted no me conoce, Padre.

—Creo que sí. Creo que me acerqué a vos porque estabas tan perdido que me recordabas a mí.

—Todo eso es parte del pasado. John cerró los ojos, le faltaba tanto el aire que temía estar ante un ataque al corazón.

—Ojalá fuera así, John. Pero te miro y me parece que no. Es por eso que estoy tratando de darte la posibilidad de que des vuelta la página.

John abrió los ojos. —Dar vuelta la página es una expresión que solo usa la gente inteligente, Padre. Les permite cobrar honorarios astronómicos para escuchar los pensamientos más íntimos de las personas heridas. El cáncer es la única vuelta de página que usted va a conseguir y los dos lo sabemos. Honestamente, ¿cree que si fuésemos a la policía, mi nombre se mantendría al margen del juicio, si es que vive lo suficiente para que le hagan uno?

—La víctima no puede ser nombrada a menos que renuncies a tu derecho al anonimato.

—Ese es el tema —dijo John—. Me rehúso a ser su víctima. Soy un granjero con unas ochenta hectáreas y tengo el respeto de mis vecinos. No conseguí ninguna de esas dos cosas fácilmente. No voy a volver a ser su víctima. ¿Cómo podría haber un juicio en su contra sin que nadie en Kilgara ate cabos? Echarían a andar una ola de rumores maliciosos que los traería directo hasta acá. No volví a ese lugar después del entierro de mi padre, pero desde que el canónigo lo despidió se cuchicheaban cosas. A algunas personas de Kilgara les encantaría volver a encender esos rumores. ¿Se imagina el regocijo que sentirían de bajarle los humos al hijo de un trabajador que se hace

pasar por un gran granjero? No voy a dejar que los hombres se rían de mí en los bares.

—Los informes de tribunales no pueden mencionar mi nombre si llegan a identificarte a vos. Y una vez que me condenen, podés iniciar un juicio por daños. Aunque no necesites el dinero, sería algo más para dejarles a tus nietos.

—Mis nietos no serán contaminados con esto. El dinero que les deje será el que gane con mi propio sudor. Encontrá tu propia forma de vivir con lo que hiciste, pero asegurate de llevártelo a la tumba. No creas que vas a contaminar a mis hijos o a mis nietos con tus actos. No vas a volver a usarme para tus propios fines. ¿Entendés?

—John, necesitás ayuda por este enojo que llevás dentro.

John cargaba en silencio dolor por muchas cosas. Por el tercer hijo que nunca conocieron porque Julia tuvo un aborto espontáneo, a una edad en que el embarazo era siempre un riesgo. Pero ni Julia ni él fueron tan estúpidos como para creer que aliviarían su dolor pagando a un perfecto desconocido para que escuchara sus preocupaciones. Vivieron con ello a su propio modo, nunca necesitaron analizar el dolor para reconocer que lo compartían. Nada podía cambiar el pasado. Ni que el padre de John hubiera muerto solo, borracho, sin un centavo y bebiendo alcohol metílico para aliviar el dolor del reuma. Ni que el padre de Julia, que había trabajado la tierra a su lado silenciosamente durante diez años, hubiera tratado de dejarle la granja a un primo que no la quería y desheredar a Julia por haberse casado con él. John se había mantenido respetuoso con su suegro, como con todos. Pero no sería respetuoso si este cura volvía a atravesar el umbral de su casa.

—El niño de manos tan temblorosas que no podía abrir la puerta de su auto no vive acá —le dijo de modo terminante—. Lo dejé atrás, pero aun si lo encontrara, nunca le perdonaría la debilidad que usted tuvo al abusar de él. Quizás quiera llevar la cruz en público para que lo crucifiquen, pero la realidad es, Padre, que estamos en Kilkenny, no en el Calvario.

Se oyó el ruido de una bandeja. A lo mejor Julia se tropezó cuando venía de la cocina o fue la manera de avisarle que los había estado escuchando desde el pasillo. Julia entró y captó la tensión reinante.

—Me temo que mi tortera ya no mantiene las cosas tan frescas. Los miró a ambos. —¿Están bien?

—Nunca estuve mejor —dijo John—. Nada mejor que un buen encuentro, ¿no, Padre?

—Es cierto —dijo la visita temblorosa.

—Pareciera que le falta el aire, Padre.

—Es asma. Y me olvidé el inhalador en casa.

Julia apoyó la bandeja. —Pero seguro que John puede ir hasta la farmacia del pueblo, ¿no, John?

Su esposo negó con la cabeza. —El padre Coyne no puede quedarse. Lo llamaron al celular.

El tembloroso cura asintió. —Una feligresa está en el hospital; puede que no pase la noche. El viaje de vuelta es largo.

—Seguro pueden mandar a otro cura, considerando su estado.

—La mujer quiere verme a mí.

—Motivo más que suficiente para que coma una porción de tarta antes de irse —insistió Julia—. Se sentirá más fuerte si toma un poco de té por lo menos.

—Debo irme ahora y hacer una parada a mitad de camino —dijo el hombre—. La espalda se me pone rígida cuando manejo. Lamento haberla molestado tanto.

—No fue ninguna molestia. Julia miró a John inquieta. —¿No lo vas a obligar a que por lo menos tome un poco de té?

Su esposo se encogió de hombros. —Si el padre Coyne quiere irse, dejá que se vaya. Siempre hizo lo que quiso.

—Quiero que nos despedamos como amigos —dijo el hombre—. ¿Amigos, John?

—Nunca fui su amigo, Padre, solo su feligrés.

—¿Aceptarías un apretón de manos por lo menos?

John miró la mano extendida. —Hasta ahora nunca estreché la mano de un cura excepto después de un funeral. Sería tan raro como aceptar su bendición. El año pasado estaba en la ciudad de Kilkenny con mis dos nietos suizos cuando tres hombres viejos vestidos de negro pasaron al lado nuestro y la pequeña Genevieve preguntó quiénes eran. —Curas —le respondí. —¿Qué es un cura, abuelo? —me preguntó. Cuando terminé de reírme le di tal abrazo que casi le corto la respiración. Hizo una pausa. —Lamento, Padre, que no haya encontrado lo que vino a buscar. ¿Podrías acompañar al padre, Julia? El pobre hombre me confundió completamente con otra persona.

Su voz sonaba calma, pero en lo profundo de su corazón sentía que nunca volvería a recuperar el equilibrio.

—Rezaré por vos, John —dijo la visita. Pero John ya se había puesto de pie para observar las nubes por la ventana.

—Rece para que la lluvia se demore un poco, Padre, y yo pueda fumigar el campo.

—Fue un gusto conocerla, Sra. Cunningham —dijo el hombre—. No hace falta que me acompañe hasta el auto.

Julia notó que su esposo tenía los hombros encogidos. Presionaba las manos contra el vidrio de la ventana, actitud que le hizo acordar que alguna vez ella se había sentido atrapada en esa sala.

—Lo acompaño hasta la puerta, Padre —dijo en voz baja—. Unos cuantos tobillos se rompieron en un escalón inesperado que hay ahí.

Julia no le dijo nada a John por no estrecharle la mano al cura. Él sabía que Julia no le preguntaría nada al cura cuando lo acompañara hasta el auto y que se quedaría en el patio para darle un último saludo amablemente con la mano cuando el auto atravesara el portón. Finalmente, la escuchó entrar. John, de espalda a Julia, temblaba, pero ella sabía que no se tenía que acercar de inmediato.

—Después de todo, nunca me gusta tomar té a esta hora. Hizo una pausa y le preguntó «¿Estás bien, John?».

—Si hay algo que odio es la gente que interrumpe nuestro café de media mañana. Hagamos de estos pocos minutos algo especial en el tiempo que nos queda.

—Seguro que nos quedan años, John —le aseguró—. Ambos tenemos buena salud, aunque el médico te siga advirtiendo sobre cuánta sal le ponés a todo.

—El tiempo es raro. Es como si mi niñez en Roscommon hubiera sido otra vida y, sin embargo, por momentos parece que hubiera sido ayer.

—¿Cuánto tiempo te parece ahora mismo que pasó?

—Nunca puedo entender a la gente que anda trayendo a cuento al pasado. ¿Qué posibilidades tengo de tomar un café recién hecho?

—Vamos a tomarlo en la cocina.

—Es lo que más quiero en el mundo.

—¿Sabés qué es lo que más me gustaría? —preguntó Julia suavemente—. Que vos te mueras antes que yo.

La miró sorprendido. —Es raro desear algo así. ¿No te sentirías sola?

—Estaría perdida y desconsolada, pero la gente se daría cuenta de mi dolor y, de alguna manera, sobreviviría. Vos solo aparentarías sobrevivir por tu cuenta, porque al no estar yo, nadie sería capaz de reconocer el modo en que llevás el dolor en tu interior.

—¿Estuviste escuchando detrás de esta puerta?

—No me enseñaron a escuchar detrás de la puerta —Julia respondió bruscamente; después agregó más suave, —Eso no significa que no haya oído.

—Entonces quizás oíste cuando le dije que me lo había hecho una vez, pero que no me lo haría dos ni a mí, ni a mi familia.

—¿Hacerte qué?

—¿De verdad querés saber todo ese horrible asunto?

Le tocó el brazo suavemente. —¿Estuve años sin saber todo lo que había que saber? No los detalles; no hace falta que me cuentes los detalles, ni yo a vos los míos. Pero el día que finalmente te animaste a golpear la puerta de la cocina para pedirme un vaso de agua, te miré a los ojos y supe, aunque vos no lo notarás, que compartíamos secretos como almas gemelas. Vamos a la cocina. Nunca me gustó esta sala. Me trae demasiados malos recuerdos.

—Creía que tu padre no me quería porque era católico y pobre.

—¿Cuándo te diste cuenta de la verdad?

John volvió a mirar por la ventana hacia la zona donde la granja subía la cuesta, después de las prolijas construcciones. —Estábamos arreglando una cerca debajo de la lluvia en la parte alta del campo, pocos meses después de que advirtiera que vos y yo nos gustábamos. Yo sostenía los postes y él los clavaba con la masa. Levanté la vista y su cara... nunca voy a olvidar la furia repentina de su cara y su voz, «No me la vas a quitar, ¿entendiste?». Un hombre sabio hubiera saltado a un lado, porque cuando la masa descendía hubo un momento que ni siquiera tu padre sabía si iba a pegar en el poste o me iba a romper el cráneo. Golpeó el poste con tal fuerza que pensé que lo partiría; después volvió a levantar la masa y yo seguía sosteniendo el poste, a pesar de que ese segundo golpe cayó a unos pocos centímetros de mis dedos. Pero en esos pocos segundos —que fue cuando más cerca estuvimos de la violencia física— de repente me di cuenta qué era lo que le estaba robando al casarme con vos y él supo que yo entendía más de él y sus modos de lo que jamás hubiera querido que hombre alguno supiera. Terminamos la cerca y volvimos caminando y nunca hablamos de eso hasta el día que falleció. Te vi cuidarlo con ternura, primero en su dormitorio y después, cuando tuvimos que trasladarlo a la planta baja, en esta sala.

—Sí —dijo Julia—. Pero nunca me viste cuidarlo con amor.

John asintió. —Él lo sabía y sabía que yo lo sabía. No sé si hay un cielo, pero esta sala fue su purgatorio porque nos vio verlo morir y supo que no lo lloraríamos.

Julia permaneció tanto tiempo en silencio que parecía que ambos se hubieran petrificado. Después lo miró. —Lloré en su funeral, pero no por él. Lloré por la niñita atrapada en esta sala. Esta sala no fue mi purgatorio después de la muerte de mi madre. Fue el infierno. Eso es todo lo que hay que decir. El resto se va a la tumba conmigo.

—Lo que ocurrió en el auto de ese cura se va a la mía. Jamás les digas ni una palabra a los chicos, ¿escuchaste?

—¿Quién te crees que soy? La gente es muy libre y frágil con los secretos últimamente. No recuerdo que hoy haya venido ningún cura, solo un turista perdido que preguntaba cómo llegar a algún lado. Vamos a la cocina y preparo un poco de café nuevo. ¿Te parece que la lluvia se va a demorar?

John la siguió por el estrecho pasillo. —Por mí que diluvie y que el mundo se vaya al carajo, una vez que me sienta a tomar un café con vos. Cerré la puerta de la sala y le puso llave. —Si querés puedo tirar esta llave.

Julia lo reprendió un poquito. —¿Y dónde jugarían nuestros nietos cuando vienen a visitarnos? Para ellos es solo una sala rancia y vieja. Siempre abriré las ventanas antes de que vengan para que se vayan los fantasmas. Miró hacia abajo. —Dame la mano, John, está temblando.

Él dejó que le tomara la mano. Estuvieron parados en silencio hasta que pasó el temblor.

—Mejor hago un café fuerte —dijo ella afectuosamente—. Vas a necesitar mucha fuerza para llevar a esos viejos a Bennettsbridge más tarde. Les dejás que se aprovechen de tu amabilidad.

—Están solos —dijo John—. Sé lo que es la soledad. Lo supe hasta el día que finalmente me animé a golpear la puerta de la cocina.

Julia le besó la mano y la soltó. En la cocina puso la mesa con otras tazas. No decía nada mientras John la miraba en un silencio cordial, ambos sabían que no hacía falta decir más.

FUENTE DEL TEXTO ORIGINAL

Bolger, Dermot (2020), «Coffee at Eleven», en *Secrets Never Told*, Dublín, New Island Books, pp. 41-70.

REFERENCIA DE CONSULTA

Llamas Muñoz, Eugenia (2002), *Nuevas tendencias en la ficción irlandesa contemporánea: John Banville y William Trevor*. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, en <http://www.cerantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc8c9s6> (fecha de consulta: 10/1/21).